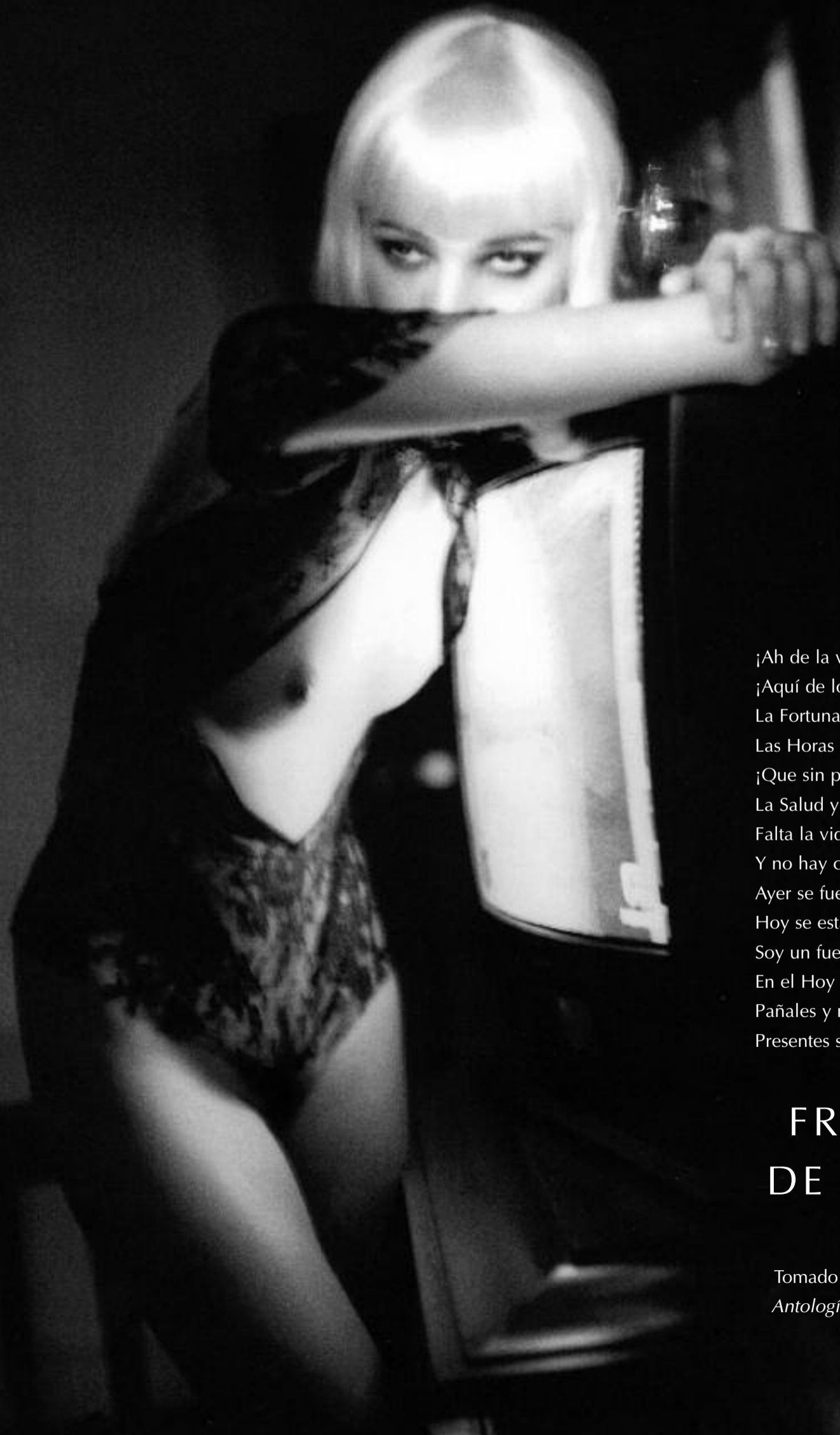


LEER EN BICICLETA

PÁGINAS DE ANIMACIÓN A LA LECTURA

FOTO: HELMUT NEWTON



¡Ah de la vida!»... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
Las Horas mi locura las esconde.
¡Que sin poder saber cómo ni adónde
La Salud y la Edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
Y no hay calamidad que no me ronde.
Ayer se fue; Mañana no ha llegado;
Hoy se está yendo sin parar un punto:
Soy un fue, y un será, y un es cansado.
En el Hoy y Mañana y Ayer, junto
Pañales y mortaja, y he quedado
Presentes sucesiones de difunto.

FRANCISCO
DE QUEVEDO
(1580-1645)

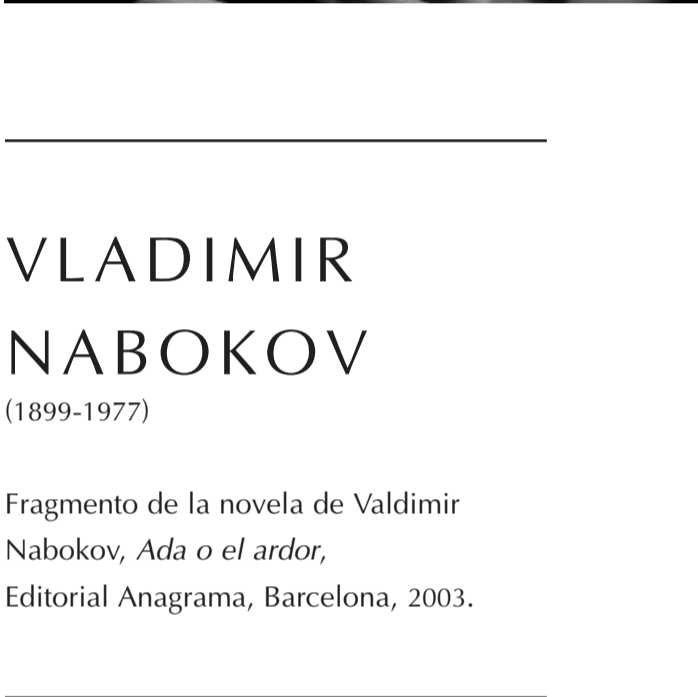
Tomado de: Francisco de Quevedo,
Antología poética, Editorial Castalia,
Madrid, 1989.



● ●

BESTSOS





El diccionario más voluminoso de la biblioteca decía, en la entrada “Labio”: “Cada uno de los dos pliegues carnosos que rodean una abertura.”

Mileyshiy Émile (así llamaba Ada a *monsieur* Littreé) lo definía así: “Parte exterior y carnosa que forma el contorno de la boca. [...] Los dos bordes de la herida simple.” (Con nuestras heridas hablamos; por nuestras heridas tenemos hijos.) “ Miembro que lame. [...]”

Una enciclopedia rusa, pequeña aunque amplia, no quería ver en la palabra *gouba* (“labio”) más que un tribunal administrativo de la antigua Lyaska o un golfo del mar Ártico.

Los labios de Van y Ada eran absolutamente idénticos, en color y en textura. Por su forma, el labio superior de Van recordaba un ave marina de largas alas vista de frente, y el inferior, grueso y tosco, daba a su expresión habitual un aire de brutalidad. No era así, desde luego, en el caso de Ada; pero, por lo demás, la curva de su labio superior y el grosor de su labio inferior, con su mueca desdeñosa y su color rosa opaco, eran la réplica, en estilo femenino, de la boca de Van. Durante la “fase de los besos” de sus amoríos (quince días de besuqueos húmedos y pegajosos, nada recomendables para su salud de adolescentes) parecía que entre sus cuerpos sedientos se interponía una pantalla de extraña pudibundez; no obstante, era inevitable que ciertos contactos y contracontactos atravesaran aquella pantalla, como lejanas vibraciones de gritos de socorro. Concienzudamente, incansablemente, delicadamente, Van pasaba, repasaba sus labios sobre los labios de Ada atacando, a contrapelo, su terciopelo ardiente, de arriba abajo, de derecha a izquierda, hacia adentro y hacia afuera, hacia la vida y hacia la muerte, y encontraba un sabor delicioso en ese contraste entre la caricia alada del idilio visible y la congestión brutal de la carne escondida.

Y la imaginación les pedía nuevos besos.

—Querría —dijo él en cierta ocasión— probar el interior de tu boca. ¡Dios, cómo me gustaría ser un Gulliver minúsculo para poder explorar esa cueva!

—Puedo prestarte mi lengua— dijo la muchacha.

Dicho y hecho.

Una gran fresa hervida, todavía muy caliente. Van la degustaba, se la tragaba todo lo dentro que ella se la dejaba tragar, y luego, abrazando estrechamente a Ada, le lamía el paladar. Ambos mentones se llenaban de saliva.

—Pañuelo —pidió la chica, y sin más preámbulo metió la mano en el bolsillo del pantalón de Van... pero la retiró al instante y le dijo a su compañero que le pasase el pañuelo él mismo. Huelgan comentarios.

“Aprecié tu tacto”, redijo él un día que rememoraban, entre sonrisas y estremecimientos retrospectivos, aquellas delicias y aquellas dificultades. “Pero ¡cuánto tiempo perdimos!: ópalos irreparables.”

VLADIMIR NABOKOV

(1899-1977)

Fragmento de la novela de Valdimir Nabokov, *Ada o el ardor*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2003.



NAUFRAGIO

Este es el momento en que más brilla el sol: el cenit, lo llamaban. Hombre de las Nieves está tumbado en la parrilla de la cama, en esa sombra líquida, entregado al calor. «¡Pongamos que estamos de vacaciones!» Esta vez es la voz de una maestra de escuela, dicharachera, condescendiente, la señorita Stratton —llámame Sally, la del culo gordo. «Pongamos esto, pongamos lo otro.» Se pasaban los primeros tres años de colegio diciéndote que fingieras esto o que fingieras aquello, y el resto de cursos castigándote si lo hacías. [...]

Sally Stratton se desvanece, por suerte. Tiene que encontrar más y mejores maneras de ocupar su tiempo. «Su tiempo», qué idea tan absurda, como si le hubieran dado una caja de tiempo que le perteneciera sólo a él, llena hasta el borde con horas y minutos, que pudiera gastar como si se tratara de dinero. El problema es que la caja está agujereada y el tiempo se le escapa, haga lo que haga con él.

Podría dedicarse a tallar madera, por ejemplo. Hacerse un ajedrez, jugar partidas consigo mismo. Antes jugaba con Crake, pero mediante ordenadores, no con ajedrecistas de verdad. Casi siempre ganaba Crake. Tiene que haber alguna otra navaja en alguna parte. Si se molesta en buscar, si escarba entre las ruinas, seguro que encuentra una. Ahora que se le ha ocurrido la idea, le extraña no haberlo pensado antes.

Se deja arrastrar hasta la salida del colegio, con Crake. Al principio todo era bastante

inocente. Tal vez jugaban a Extinctato o a alguno de los otros: Waco Tridimensional, Campaña Bárbara, Osama Infalible. Todos usaban estrategias paralelas: tenías que ver hacia dónde te dirigías antes de llegar, pero también hacia dónde se dirigía el otro. A Crake ese tipo de juegos se le daban bien porque era un genio del salto lateral. Aunque a veces Jimmy ganaba al Osama Infalible, siempre que Crake fuera con los infieles, claro. No podía tallar esos juegos en madera, qué va. Tendría que ser un ajedrez.

O llevar un diario. Anotar sus impresiones. Seguro que había montañas de papel en muchos sitios, en espacios cerrados que no habían sufrido un incendio y en los que no entraba el agua; y bolígrafos y lápices. Los ha visto en sus expediciones, pero no se ha molestado en recoger ninguno. Tal vez debiera emular a los capitanes del pasado: la nave se iba a pique durante una tormenta, y el capitán en su camarote, condenado a una muerte segura, escribía sin perder los nervios en el cuaderno de bitácora. Salía en las películas. O esos naufragos en islas desiertas que llevaban diarios y no fallaban ni un solo día. Listas de víveres, anotaciones sobre el clima, actividades intrascendentes: que si se habían cosido un botón, que si habían devorado una almeja.

Él también es una especie de naufrago. Podría confeccionar listas. Eso otorgaría a su vida cierta estructura. No obstante, incluso un naufrago da por supuesto a un lector futuro, alguien que más adelante aparezca por ahí y encuentre su esqueleto y su libreta y conozca cuál fue su destino. Para Hombre de las Nieves resulta imposible presuponer nada. No habrá ningún futuro lector, porque los crackers no saben leer. Todo lector imaginable pertenece al pasado.

MARGARET ATWOOD

(1939-)

Tomado del libro de Margaret Atwood, *Oryx y Crake*,
Ediciones B, Barcelona, 2005.

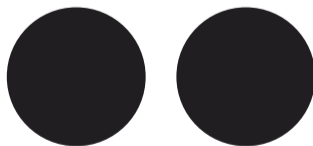
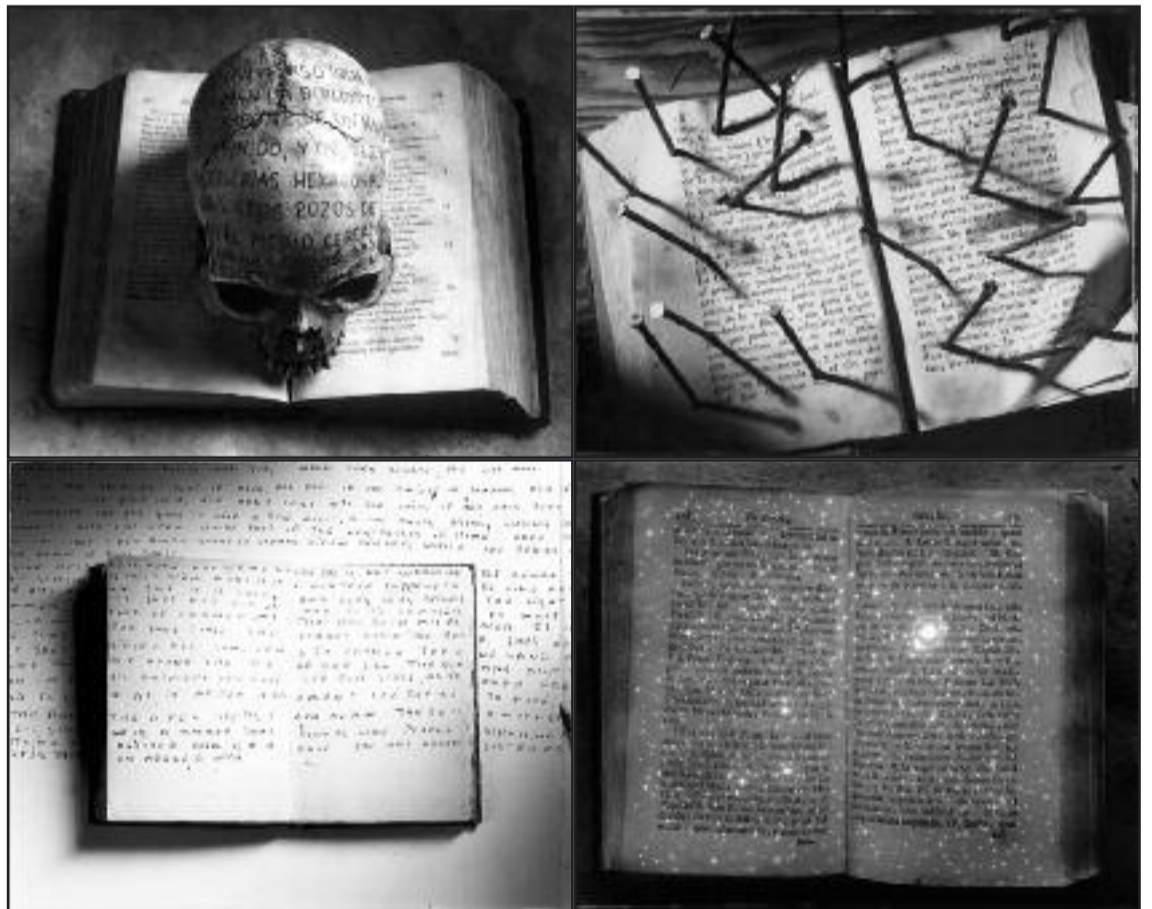


LA LLAVE DE ORO



FOTOS: SEAN KERNAN

La **narradora**, en este caso, es un bruja de edad madura, yo —enredada entre mis propios brazos, la cara metida en un libro y la boca muy abierta, dispuesta a contar uno que otro cuento. He venido a recordarles, a todos: Alice, Samuel, Kurt, Eleanor, Jane, Brian, Maryel, acérquense todos. Alice, ¿a los 56 años te acuerdas todavía? ¿Te acuerdas de cuando te leían cuentos de niña? Samuel, ¿a los 22 años se te olvidaron? ¿Se te olvidaron los sueños de las 10 de la noche en los que el malvado rey se deshacía en una nube de humo? ¿Estás en estado de coma? ¿Estás en el fondo del mar? Atención, queridos míos, déjenme presentarles a este niño. Tiene 16 años y quiere las respuestas. Es cada uno de nosotros. Me refiero a ti. Me refiero a mí. No basta con leer a Hesse y tomar sopa de almejas, debemos encontrar las respuestas. Este niño ha descubierto la llave de oro y busca qué abrir con ella. ¡Este niño! De encontrar una moneda buscaría el monedero. ¡Este niño! De encontrar una cuerda buscaría el arpa. Pero sostiene la llave con fuerza, cuyos secretos chillan como un perro en celo. Da vuelta a la llave. ¡Pronto! Abre este libro de extraños cuentos que transforman a los hermanos Grimm. ¿Los transforman? Como si un clip enorme pudiera ser una escultura. (Y es cierto.)



ANNE SEXTON

(1928-1974)

Tomado del libro de Anne Sexton, *Transformaciones*,
selección y traducción de Angelika Scherp, Ediciones Fósforo, México, 2009.



LIBERTAD

Existen dos métodos contrarios y distintos para limitar la libertad; el primero consiste en la prohibición: «tú no harás», y el segundo en el mandato: «tú harás». A veces se utiliza una especie de prohibición que toma la forma de un mandato condicional, y no debe echarse en saco roto esta forma. Véase: «si tú haces esto o aquello, también harás eso o esotro; si, por ejemplo, te arriesgas en el mar con hombres empleados por ti, es preciso que te embarques en un buque que te sostenga sobre el mar». Pero el mandato puro está exento de toda condición y se expresa así: «sea lo que quiera lo que hayas hecho, o hagas, o quieras hacer, tú harás esto»; un ejemplo es el del sistema social que, actuando gracias a las bajas necesidades de parientes indignos y en virtud de malas leyes, envía a trabajar en el taller a un niño de trece años. La prohibición quita algo definido a la indefinida libertad del hombre, pero le deja aún una inmensa elección de acciones. Queda libre por consiguiente, y sólo se ha restado un hilo de agua al océano de su libertad. Pero la violencia y la fuerza mayor destruyen enteramente la libertad. En nuestra Utopía quizá haya ciertas prohibiciones, pero ninguna violencia indirecta, en la medida de lo posible, y muy pocos mandatos o ninguno. Después de lo dicho, yo creo que no deberá existir ninguna violencia positiva en Utopía, por lo menos para el utópico adulto, a no ser como penalidad o castigo.



La idea de la libertad individual crece en importancia conforme va desarrollándose el pensamiento moderno. Para los utopistas clásicos carecía relativamente de valor. Consideraban la virtud y la dicha como perfectamente separables de la libertad y como mucho más importantes que ésta. Pero el punto de vista moderno, al insistir con más energía sobre la individualidad y la significación de su carácter único, intensifica constantemente el valor de la libertad, hasta que llegamos a vislumbrar que la libertad es la sustancia misma de la vida, que es, en realidad, la vida, y que sólo las cosas inanimadas, las cosas privadas del libre albedrío, viven en la sumisión absoluta a la ley. Poseer el libre juego de la individualidad es, desde el punto de vista moderno, el triunfo subjetivo de la existencia, como la supervivencia en la obra creada y en la progenie es su triunfo objetivo. Pero para todos los hombres, puesto que el hombre es una criatura social, el juego de la voluntad no puede corresponder a la libertad absoluta. La perfecta libertad humana sólo le es posible al déspota universal y absolutamente obedecido. Luego querer debería corresponder con ordenar y obrar, y, dentro de los límites de la ley natural, podríamos en todo momento hacer lo que nos viniere en gana. Toda otra libertad es un compromiso entre nuestra propia libertad de querer y las voluntades de aquellos con quienes estamos en contacto. En un Estado organizado, cada uno posee un código más o menos complejo de lo que puede hacer a los otros y a sí mismo, y de lo que los otros pueden hacerle a él. Él limita a los otros con sus derechos, y a su vez le limitan a él los derechos de los demás y las consideraciones referentes al bienestar de la comunidad en su conjunto.

H.G. WELLS

(1866-1946)

Fragmento del libro de H.G. Wells, *Una Utopía moderna*, en *Obras completas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1956.

4 PISTAS

Cuando se es joven apenas se sabe que se vive. El sentimiento de salud sólo se adquiere por la enfermedad. Sólo observamos la atracción ejercida sobre nosotros por la tierra si saltamos al aire, por el choque sufrido al caer. Cuando llega la vejez, el estado de enfermedad se convierte en una especie de salud, y se deja de sentir que se está enfermo. Si no subsistiera el recuerdo del pasado, se percibiría muy poco el cambio. Por este motivo, creo que la vejez no existe para el animal, salvo a nuestros ojos. Una ardilla que, el día de su muerte, lleva una vida de molusco no es más desdichada que el molusco. Pero el hombre, que vive en tres lugares, en el pasado, en el presente y en el futuro, puede ser desdichado cuando uno de los tres no vale nada. La religión ha llegado a añadir un cuarto: la eternidad.

*

No hay cosa más contrariadora que esta situación: tomar precauciones exageradas para prevenir un accidente, y hacer, precisamente por ello, todo lo necesario para atraérselo sobre la cabeza, mientras que si no se hubiera *previsto nada en absoluto*, se estaría ciertamente en completa seguridad. He visto romper a alguien un jarro preciado, al querer retirarlo de un sitio donde llevaba tranquilamente al menos seis meses; y eso, por el solo temor de que este jarro no corría el riesgo, por casualidad, de ser tirado algún día.

*

Su biblioteca se le había convertido en un traje que no le iba. En general, las bibliotecas pueden hacerse demasiado estrechas o demasiado anchas para el espíritu.

*

Para acabar de darse cuenta de lo que el hombre podría hacer si quisiera, basta con pensar en las personas que se han escapado o han intentado escaparse de la cárcel. Han hecho tanto con un simple clavo, como si hubieran tenido un ariete.

GEORG-CHRISTOPH
LICHTENBERG

(1742-1799)

Para leer: Georg-Christoph Lichtenberg, *Aforismos*,
Editorial Cátedra, Barcelona, 2009.

FOTO: HERB RITTS



ÉRASE UN NIÑO QUE SALÍA



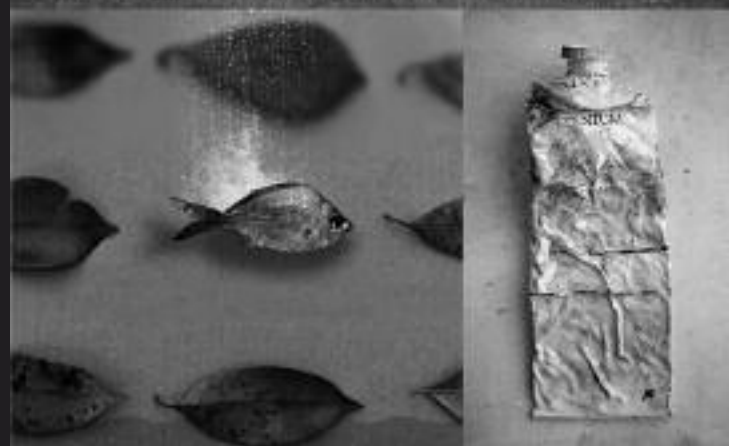
Érase un niño que salía cada día,
Y el primer objeto que veía, en ese objeto
se convertía,
y ese objeto se convertía en parte de él todo el día
o al menos una parte del día,
o por muchos años o por largos ciclos de años.

Y las primeras lilas se hacían parte de este niño,
y la hierba y el blanco y rojo de las campanillas, y
el trébol blanco y rojo, y el canto del
papamoscas,
y los corderos de tres meses y los rosados lechones,
y el potrillo y el ternero,
y la ruidosa camada del corral o junto al lodo
del estanque,
y los peces tan curiosamente suspendidos allá
abajo, y ese hermoso y curioso líquido,
y las plantas acuáticas con sus gráciles cabezas planas, todo
se convertía en parte de él.

Y los brotes del campo de cuatro meses y cinco meses
Se hacían parte de él,
brotes del cereal de invierno y brotes amarillos
de maíz, y las raíces comestibles del huerto,
y los manzanos cubiertos de flores y luego de
frutos, y las matas de bayas, y las más
vulgares hierbas que hay en el camino,
y el viejo borracho que vuelve tambaleándose a casa
desde el retrete de la taberna de donde acaba de levantarse,
y la maestra de escuela que pasa camino de la
escuela,
y chavos amistosos que pasan, y chavos
pendencieros,
y las muchachas limpias y de frescas mejillas, y descalzos
la niña y el niño negros,
y todos los cambios de la ciudad y el campo allí donde
iba.

Sus propios padres, el padre que le había engendrado y la madre
que le había concebido en su seno y dado a luz,
y de sí mismos le dieron a ese niño más que todo eso,
le dieron después el cada día, se convirtieron en parte
de él.

La madre en casa que en silencio coloca los platos sobre
la mesa,
la madre de dulces palabras, limpios su gorro y su vestido,
el saludable aroma que emana de su persona y ropa
cuando camina,
el robusto padre, autárquico, viril mezquino,
colérico, injusto,
el golpe, el grito pronto, la reñida negociación, el
astuto señuelo,
las costumbres familiares, el lenguaje, la compañía, los
muebles, el corazón conmovido y emocionado,
el afecto que no puede negarse, la noción de lo que
es real, el pensar si después de todo resultará
ser irreal,
las dudas que se tienen durante el día y las dudas de la noche,
los curiosos si y cómo,
si lo que parece ser así es así, o son todo destellos
y motas,
los hombres y mujeres que abarrotan veloces calles, si no son
destellos y motas, ¿entonces qué son?,
las calles mismas y las fachadas de las casas, y
los productos de los escaparates,
vehículos, caballos de tiro, los tablones de los muelles,
los inmensos embarcaderos de los ferrys,
el pueblo de la meseta visto desde lejos al alba,
el río que lo cruza,
sombras, aureolas y nieblas, la luz que se posa en los tejados
y hastiales blancos o pardos a dos millas de distancia,
la goleta cercana que duerme soñolienta sobre la marea,
el pequeño bote que va a remolque a popa,
las olas presurosas que vienen y van, las crestas efímeras,
que chapotean,
las capas de nubes de colores, la larga franja de tono
marrón allá solitaria, la extensión de pureza donde
permanece inmóvil,
el filo del horizonte, el vuelo del cormorán, la fragancia
de las salinas y el lodo de la orilla,
todo eso se hizo parte del niño que salía cada
día, y que ahora sale, y que siempre saldrá
cada día.



WALT WHITMAN (1819-1892)

Para leer: Walt Whitman, *Saludo al mundo y otros poemas*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1999. Traducción de Carlos Montemayor.

En el comienzo, Dios creó al gato a su imagen y semejanza. Y, desde luego, pensó que eso estaba bien. Porque, de hecho, estaba bien. Salvo que el gato era holgazán y no deseaba hacer nada. Entonces, más adelante, después de algunos milenios, Dios creó al hombre. Únicamente con el objeto de servir al gato, de darle al gato un esclavo para siempre. Al gato, Dios le había dado la indolencia y la lucidez; al hombre, le dio la neurosis, la habilidad manual y el amor por el trabajo. El hombre se dedicó de lleno a eso. Durante siglos construyó toda una civilización basada en la inventiva, la producción y el consumo intenso. Una civilización que, en suma, escondía un único propósito secreto: darle al gato cobijo y bienestar.

Es decir que el hombre inventó millones de objetos inútiles, y por lo general absurdos, sólo para producir los contados objetos indispensables para la comodidad del gato: el radiador, el almohadón, el tazón para la leche, el tacho con aserrín, el tapiz, la alfombra, la cesta para dormir y puede que incluso la radio, porque a los gatos les gusta mucho la música.

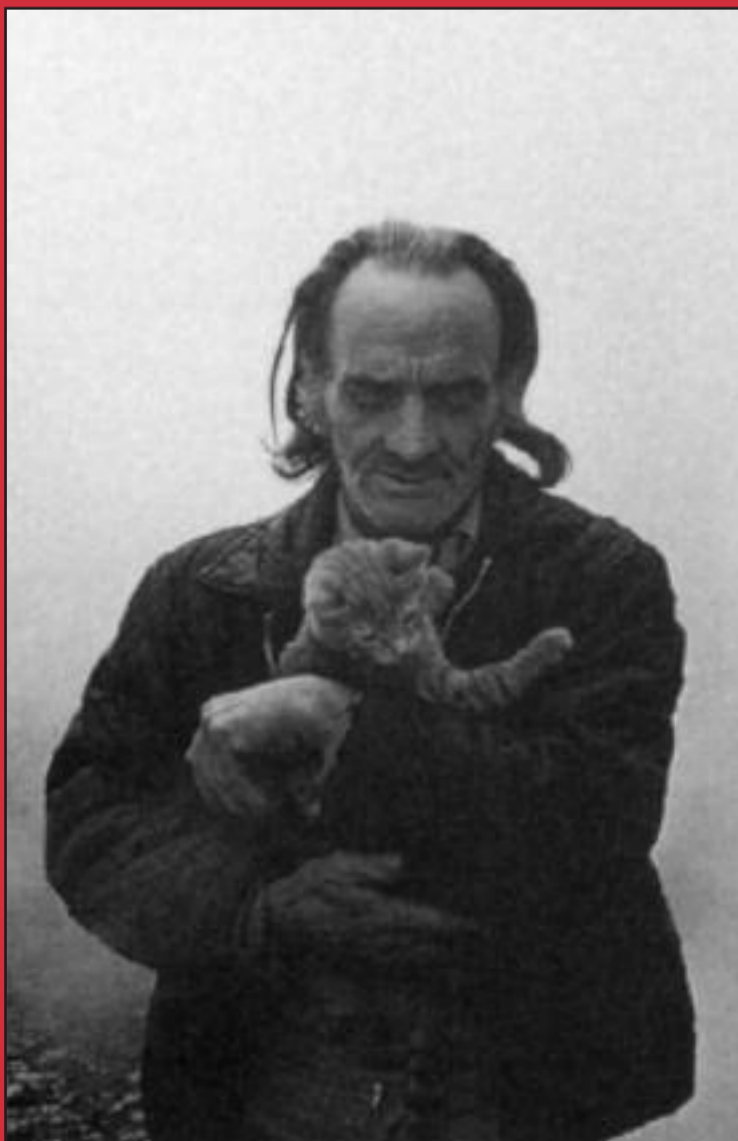
Sin embargo, los hombres ignoran esto. Porque lo desean así. Porque creen ser los bendecidos, los privilegiados. Tan perfectas son las cosas en el mundo de los gatos.

JACQUES STERNBERG

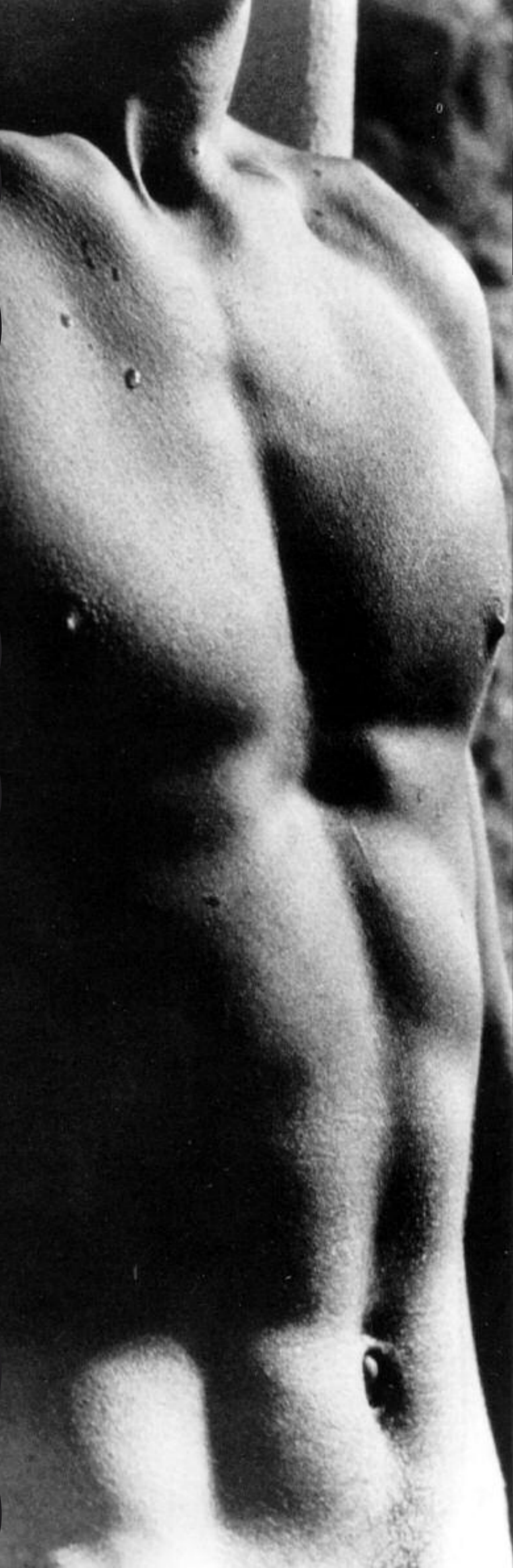
(1923-2006)

Tomado del libro de Jacques Sternberg, *Cuentos glaciales*, Editorial La Compañía, Argentina, 2010.

FOTO: SEAN KERNAN



LOS
S
E
S
E
A
S



M E G A L O M A N Í A

Había muchas teorías sobre la extraña enfermedad del segundo soberano de la República Libre de Aburiria, pero las que más se oían en labios de la gente eran cinco.

La enfermedad, afirmaba la primera, nació de la ira que en una ocasión brotó en su interior; y el soberano era tan consciente del peligro que representaba para su bienestar que hizo todo lo posible para deshacerse de ella eructando después de cada comida, a veces contando de uno a diez, y otras veces tarareando en voz alta *ka ke ki ko ku*. Por qué estas sílabas en particular, nadie sabía decirlo. No obstante, todos reconocían que el soberano lo hacía con alguna finalidad. Así como los malolientes gases de un estreñimiento tienen que expelerse, para aliviar de ese modo la carga de la tripa, la ira de una persona también necesita una vía de escape para aliviar la carga del corazón.

Es creencia general que de aquí proviene el dicho abuririano según el cual la cólera es más destructiva que el fuego, porque en una ocasión corroyó el alma de un soberano.

Pero ¿cuándo echó raíces esta ira? ¿Fue cuando aparecieron por primera vez las serpientes en el panorama nacional?, ¿cuándo se tornó amarga el agua de las entrañas de la tierra?, ¿o cuando el soberano visitó Estados Unidos y no logró que lo entrevistara la Global Network News en su famoso programa *Cita con los poderosos del mundo*? Cuentan que, cuando le dijeron que no podían garantizarle ni siquiera un minuto en antena, a duras penas pudo dar crédito a sus oídos ni entender lo que le comunicaban, conocedor como era de que en su país estaba siempre en televisión; cada uno de sus momentos —mientras comía, o cagaba, o estornudaba, o se sonaba la nariz— capturado por la cámara. Hasta sus bostezos eran noticia porque, ya obedecieran al hastío, el cansancio, el hambre o la sed, solían ir seguidos de alguna desgracia nacional: sus enemigos eran azotados en la plaza pública con un *sjambok*, aldeas enteras quedaban reducidas a escombros, o la gente caía acribillada mortalmente por una compañía de arqueos, y sus cadáveres se dejaban a campo raso para que sirvieran de alimento a hienas y buitres.

Cuentan que el soberano tenía una habilidad especial para provocar y fomentar conflictos entre las familias de Aburiria, porque eran las escenas de dolor lo que lo apaciguaba y lo hacía conciliar un sueño profundo. Pero, al parecer, nada conseguía en ese momento atemperar su ira. ¿Podía la ira, por honda que fuera, causar una enfermedad misteriosa que desafiaba toda lógica y todo saber médico?

NGUGI WA THIONG'O

(Kenya, 1938)

Fragmento de la novela de Ngugi wa Thiong'o, *El brujo del cuervo*, Editorial Alfaguara, España, 2007.

FOTO: HUBBLE HERITAGE TEAM (AURA/STSC/NASA)



EL INFIERNO

Cuando somos niños, el infierno es nada más que el nombre del diablo puesto en la boca de nuestros padres. Después esa noción se complica, y entonces nos revolcamos en el lecho, en las interminables noches de la adolescencia, tratando de apagar las llamas que nos queman —¡las llamas de la imaginación!—. Más tarde, cuando ya no nos miramos en los espejos porque nuestras caras empiezan a parecerse a la del diablo, la noción del infierno se resuelve en un temor intelectual, de manera que para escapar a tanta angustia nos ponemos a describirlo. Ya en la vejez, el infierno se encuentra tan a mano que lo aceptamos como un mal necesario y hasta dejamos ver nuestra ansiedad por sufrirlo. Más tarde aún (y ahora sí estamos en sus llamas), mientras nos quemamos, empezamos a entrever que acaso podríamos aclimatarnos. Pasados mil años, un diablo nos pregunta con cara de circunstancia si sufrimos todavía. Le contestamos que la parte de rutina es mucho mayor que la parte de sufrimiento. Por fin llega el día en que podríamos abandonar el infierno, pero enérgicamente rechazamos tal ofrecimiento, pues, ¿quién renuncia a una querida costumbre?

VIRGILIO PIÑERA

(1912-1979)

Tomado del libro de Virgilio Piñera,
Cuentos completos, Instituto cubano del libro, La Habana, 2002.

Durante dos mil años creyó la humanidad que el Sol y todos los astros del cielo daban vueltas a su alrededor. El Papa, los cardenales, los príncipes, los eruditos, capitanes, comerciantes, pescaderas y escolares creyeron estar sentados inmóviles en esa esfera de cristal. Pero ahora nosotros salimos de eso, Andrea. El tiempo viejo ha pasado y estamos en una nueva época. Es como si la humanidad esperara algo desde hace un siglo. Las ciudades son estrechas y así son las cabezas. Supersticiones y peste. Pero desde hoy no todo lo que es verdad debe seguir valiendo. Todo se mueve, mi amigo. Me alegra pensar que la duda comenzó con los navíos. Desde que la humanidad tiene memoria se arrastraron a lo largo de las costas, pero de repente las abandonaron y se largaron a todos los mares. En nuestro viejo continente se ha comenzado a oír un rumor: existen nuevos continentes. Y desde que nuestros navíos viajan hacia ellos se festeja por todas partes que el inmenso y temido mar es un agua pequeña. Desde entonces ha sobrevenido el gran deseo: investigar la causa de todas las cosas, por qué la piedra cae al soltarla y por qué la piedra sube cuando se la arroja hacia arriba. Cada día se descubre algo. Hasta los viejos de cien años se hacen gritar al oído por los jóvenes los nuevos descubrimientos. Ya se ha encontrado algo pero existen otras cosas que deben explicarse. Mucha tarea espera a nuestra nueva generación.

En Siena, de muchacho, observé cómo unos trabajadores reemplazaban, luego de cinco minutos de disputa, una costumbre milenaria



FOTOS: THE HULTON GETTY PICTURE COLLECTION

GALILEO

BERTOLT BRECHT

(1898-1956)

Tomado del libro de Bertolt Brecht, *Vida de Galileo*, Alianza Editorial, España, 2002.

de mover bloques de granito por una nueva y razonable forma de disponer las cuerdas. Fue allí donde caí en la cuenta: el tiempo viejo ha pasado, estamos ante una nueva época. Pronto la humanidad entera sabrá perfectamente dónde habita, en qué clase de cuerpo celeste le toca vivir. Porque lo que dicen los viejos libros ya no les basta, porque donde la fe reinó durante mil años, ahora reina la duda. El mundo entero dice: sí, eso está en los libros, pero dejadnos ahora mirar a nosotros mismos.

A la verdad más festejada se le golpea hoy en el hombro; lo que nunca fue duda hoy se pone en tela de juicio, de modo que se ha originado una corriente de aire que ventila hasta las faldas bordadas en oro de príncipes y prelados, haciéndose visibles piernas gordas y flacas, piernas que son como nuestras piernas. Ha quedado en descubierto que las bóvedas celestes están vacías y ya se escuchan alegres risotadas por ello.

Pero las aguas de la tierra empujan las nuevas ruelas y en los astilleros, en las cordelerías y en las manufacturas de velas se agitan quinientas manos al mismo tiempo en busca de un nuevo ordenamiento.

Yo profetizo que todavía durante nuestra vida se hablará de astronomía hasta en los mercados y hasta los hijos de las pescaderas correrán a las escuelas. A esos hombres deseosos de renovación les gustará saber que una nueva astronomía permite moverse también a la Tierra. Siempre se ha predicado que los astros están sujetos a una bóveda de cristal y que no pueden caer. Ahora, nosotros hemos tenido la audacia de dejarlos moverse en libertad, sin apoyos, y ellos se encuentran en un gran viaje, igual que nuestras naves, sin detenerse, ¡en un gran viaje!

La Tierra rueda alegremente alrededor del Sol y las pescaderas, los comerciantes, los príncipes y los cardenales y hasta el mismo Papa ruedan con ella.

El universo entero ha perdido de la noche a la mañana su centro y al amanecer tenía miles, de modo que ahora cada uno y ninguno será ese centro. Repentinamente ha quedado muchísimo lugar. Nuestras naves se atreven mar adentro, nuestros astros dan amplias vueltas en el espacio y hasta en el ajedrez las torres saltan todas las filas e hileras. ¿Cómo dice el poeta?





EL ENAMORADO DE **SOR JUANA**

FRANCISCO
MONTERDE

(1894-1985)

Para leer: Francisco Monterde,
Teatro mexicano del siglo XX, FCE, México, 1956.

“Para ella hice construir una casa de piedra labrada, y mandé colocar en el nicho de la esquina la imagen de san Juan que era su patrono;

“Para ella hice revestir el piso de los aposentos con alfombras suaves, y mandé poner espejos venecianos en los muros para que se contemplara al pasar;

“Para ella torneó finamente un ebanista las columnas salomónicas del lecho y sabias manos monjiles bordaron sus cortinas de seda oscura, con alamares de seda clara;

“Para ella busqué las arcas de más rico tallado, y las llené con sayas y basquiñas y puños de encaje tramado con hilo de oro;

“Para ella compré joyas raras: las más raras joyas que hubo en la calle de la Platería; pudo cubrir su cuello con las sargas de perlas que reuní para ella, y todavía esperaba ansioso los tesoros de porcelana y de marfil traídos en la nao de China...

“Mas ella prefirió acariciar con sus dedos las cuentas negras de un rosario, en lugar de las sargas de perlas que yo le ofrecía; cubrió su cuerpo con el hábito burdo, desdeñando las ropas de lino y de seda; quiso vivir entre las paredes ásperas y las frías losas de una celda, olvidando los espejos y las alfombras de mi casa.

“Entró para siempre a un convento ella, Juana de Asbaje, a quien por mi mal no supe convencer para que fuera mi esposa.”



EL **GATO** VIEJO Y EL RATÓN JOVEN

Un ratón jovencillo, con muy poca experiencia, creyó ablandar a un viejo gato implorando su clemencia.

— Dejarme vivir —decía—. Un ratoncillo de mi tamaño y de mi apetito, ¿puede ser una carga para este palacio?, ¿Creéis, señor gato, que yo puedo reducir el hambre al amo y al ama, con todos sus criados? Un grano de trigo me alimenta; con una nuez me pongo como una bola. Pero ahora estoy flacucho; esperad algún tiempo; conservadme mejor para banquete de vuestros señores hijos.

Así hablaba al gato el ratoncillo prisionero. Aquél le dijo:

— Pierdes el tiempo, amigo. ¿A mi me vienes con tales discursos? Más ganarías hablando a los sordos. ¿Perdonar yo, siendo gato y siendo viejo? ¿Cuándo se ha visto esto? Así, pues, con arreglo a estas leyes, baja a lo profundo, muere ya, y vete al instante a arengar a las hermanas hilanderas (las parcas). No les faltará a mis hijos banquete de otros ratones.

Mantuvo el viejo gato su palabra, y ver ahora el sentido moral que a mi fábula conviene: *La juventud se ilusiona creyendo que todo lo consigue, y la vejez es implacable.*

JEAN DE LA FONTAINE
(1621-1695)

Tomado del libro: *Las fábulas de La Fontaine*, EDHASA, Barcelona, 2008.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

DR. ENRIQUE AGÜERA IBAÑEZ
Rector

DR. JOSÉ RAMÓN EGUIBAR CUENCA
Secretario General

DR. JORGE DAVID CORTÉS MORENO
Director de Comunicación Institucional

LEER EN BICICLETA

Director: Hugo Diego.

Diseño: Armando Hatzacorsian.

Jefe de redacción: Elizabeth Flores.

Administración y distribución: Dirección de Comunicación Institucional.

Concepto: El taller de la bicicleta.

Dirección: 4 sur 303, Centro Histórico, Puebla, C.P. 72000.

Tel: (01222) 295500 ext. 5270 y 5281

Correo electrónico: leerenbicicleta@msn.com

Cuidado de edición e impresión: Educación y Cultura, Asesoría y Promoción, S. C. Campeche 351-101, Col. Hipódromo Del. Cuauhtémoc, C. P. 06100 México, D. F.

Registro en trámite.
Los títulos son responsabilidad de la redacción.
Circulación gratuita.



Querer ir contra la corriente es tan imposible al desengaño cuanto fácil al peligro. Sólo un Sócrates podría emprenderlo. Se tiene por agravio el disentir, porque es condenar el juicio ajeno. Se multiplican los disgustados, ya por el sujeto censurado, ya del que lo aplaudía. La verdad es de pocos, el engaño es tan común como vulgar. Ni por el hablar en la plaza se ha de sacar el sabio, pues no habla allí con su voz, sino con la de la necedad común, por más que la esté desmintiendo su interior. Tanto huye de ser contradicho el cuerdo como de contradecir, lo que es pronto a la censura es detenido a la publicidad de ella. El sentir es libre, no se puede ni debe violentar; se retira al sagrado de su silencio; y si tal vez se permite, es a sombra de pocos y cuerdos.

BALTASAR GRACIÁN

(1601- 1658)

Baltasar Gracián, *El arte de la prudencia*, Editorial temas de hoy, Madrid, 2007.